

## Las victorias del gran Aníbal Barca durante la segunda guerra romano-púnica\*

### II. La batalla de Trebia

THE VICTORIES OF THE GREAT HANNIBAL BARCA  
DURING THE SECOND PUNIC-ROMAN WAR

II. THE BATTLE OF THE TREBIA

**José M<sup>a</sup> Manuel García-Osuna y Rodríguez**  
*Doctor en Historia*

#### Resumen

El gran Aníbal Barca entra en la Gran Historia con paso firme y, tras las victorias de los inicios de la Segunda Guerra entre Roma y Cartago, aquí narradas, una gran esperanza y un clamor de libertad recorrió la cuenca del Mar Mediterráneo, pero Roma ahogaría en sangre esta posibilidad de un mejor comportamiento, el púnico, de un Imperio.

Palabras clave: Aníbal Barca el Grande, P. Cornelio Escipión el Viejo, los Alpes, Tito Livio.

#### Abstract

The great Hannibal Barca entered the Great History with a steady pace and, after the victories between Rome and Carthage at the beginning of the Second War, which are related here, hope and clamor for freedom covered the Mediterranean Basin. However, Rome drowned in blood the possibility of a better Punic behavior of the Empire.

Keywords: The great Hannibal Barca, P. Cornelius Scipio the elder, the Alps, Titus Livius.

\*Continuación de *Las victorias del gran Aníbal Barca durante la segunda guerra romano-púnica*, cuya primera parte, dedicada a la batalla de Tesino, fue publicada en *7 Esquinas*, Revista del Centro de Estudios Linarenses, N<sup>o</sup> 2, enero-junio 2011, págs. 15-27.

### La batalla del río Trebia, hacia finales de diciembre del año 218 a. C.

En el campamento de los romanos todo iba de mal en peor, ya que las tropas auxiliares galas habían decapitado, por la noche, a sus compañeros legionarios romanos y, luego, se habían pasado en masa al bando de los africanos; eran dos mil infantes y doscientos caballeros y serían los embajadores de Aníbal ante el resto de los galos. «Los galos que combatían entre los romanos, al ver que las esperanzas de los cartagineses eran más brillantes, tramaron un complot, y aguardaban una ocasión para atacar a los romanos; entre tanto permanecían en sus tiendas. Cuando los soldados que estaban junto a la misma empalizada cenaron y se retiraron a descansar, los galos dejaron pasar la mayor parte de la noche hasta la tercera guardia; entonces atacaron a los romanos acampados junto a ellos. Mataron a muchos e hirieron a no pocos; al final decapitaron a los muertos y se pasaron a los cartagineses; eran dos mil, y poco menos de doscientos jinetes.

Aníbal les acogió benévolamente a su presencia, les estimuló y prometió a todos recompensas adecuadas; luego les remitió a sus ciudades de origen, para que explicaran a sus conciudadanos cómo les había tratado y les animaran a aliarse a él. Sabía que todos, cuando se hubieran enterado de la traición que sus propios conciudadanos habían cometido contra los romanos, se aliarían, sin duda alguna, a sus empresas. Al tiempo de éstos se presentaron también los boyos y entregaron a Aníbal aquellos tres hombres enviados por los romanos para proceder a la distribución de tierras, de los que se habían apoderado por traición al principio de la guerra, como más arriba dije. Aníbal acogió su lealtad y estableció con ellos también amistad y alianza, pero les devolvió a los hombres con el encargo de que los custodiaran para poder recibir a cambio de ellos a sus propios rehenes, según sus planes iniciales.

Escipión, indignado por la traición sufrida, calculó que si ya antes los galos les habían sido hostiles, ahora ocurriría que todos los de alrededor se inclinarían por los cartagineses.

Creó, pues, indispensable precaverse ante el futuro. Llegó la noche, y al amanecer levantó el campo y marchó en dirección al río Trebia y a las colinas que se levantan junto a él, confiando tanto en la aspereza de aquella región como en los aliados que habitaban en sus inmediaciones»<sup>1</sup>.

Por ello, P. Escipión cruzó el Trebia e instaló su campamento en la orilla Oriental del río. A mediados de diciembre llegó a él el segundo cónsul, T. Sempronio Longo, que deseaba plantar cara de inmediato al Bárcida, que le iba a proporcionar la posibilidad de algunas escaramuzas.



Moneda de los Bárcidas. Efigie del General Aníbal. (Siglo III A.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Aníbal había comprobado que algunas de las tribus galas seguían estando en franca amistad con los romanos, a pesar de haber firmado tratados de amistad con él, por lo que arrasó sus tierras. Ellos reclamaron ayuda de los romanos y Sempronio Longo se preparó: su caballería pasó a la orilla opuesta del Trebia con sus pertinentes *jaculatores*. Los combates fueron indecisos, aunque el cónsul romano se consideró vencedor, pero Aníbal, con toda prudencia, prefirió replegar a sus tropas. Escipión decidió ser más precavido, ya que el invierno que se aproximaba le iba a posibilitar el entre-

<sup>1</sup> Polibio, op. cit., III, 67.

namiento de sus inexpertos reclutas; además, los galos no iban a aguantar la inacción y, por su habitual carácter inmaduro, abandonarían a Aníbal Barca a la más mínima adversidad. El caudillo púnico, que tenía conocimiento fidedigno de que la enfermedad de Escipión dejaba las manos libres al iracundo y autosuficiente Sempronio Longo, también sabía que el ardor galo no era eterno y un ejército extranjero de ocupación debería moverse de continuo. Por lo tanto, tenía la ineludible necesidad de emboscar a Sempronio Longo, para ello descubrió un riachuelo llamado río Colomba o río Gerosa, cuyas orillas estaban encajonadas por multitud de maleza y de plantas de marisma, tan abundantes como para poder esconder a la caballería necesaria para ello. Su hermano pequeño, Magón Barca, comandaría a un grupo de cien caballeros y cien infantes escogidos, cada uno de los cuales elegiría a nueve compañeros; esos 1000 caballeros y 1000 infantes se apostarían entre los matorrales. Al amanecer, la caballería núpida cruzó el Trebia con la única función de caracolear ante el campamento del inquieto T. Sempronio Longo, lanzando venablos a los guardias. El enemigo debería perseguirlos hacia el río y, como era de esperar, Sempronio Longo mordió el anzuelo y movilizó a todo su ejército. Los romanos estaban sin desayunar y estaba cayendo aguanieve que les calaba hasta los huesos; los infantes entraron en la helada agua del río, tras los caballeros núpidas, la cual les llegaba hasta las axilas y salieron congelados e incapaces de sostener un arma. «Mientras, los hombres de Aníbal habían comido tranquilamente, habían relajado brazos y piernas con el aceite y la grasa que sus jefes les habían distribuido, y se habían equipado con sus armas junto al fuego encendido alrededor de las tiendas. Las condiciones previas del combate habrían de inclinar a favor de los púnicos una balanza que, de considerar exclusivamente las fuerzas en presencia, se

*presentaba sumamente igualada*»<sup>2</sup>.

T. Sempronio Longo alineó a sus cuarenta mil soldados, entre legionarios y aliados; enfrente, los púnicos eran igual número (veintiséis mil veteranos de la travesía alpina y unos catorce mil galos aliados). Escipión, mucho más razonable, sabía que la ventaja de Aníbal era considerable y, sobre todo, se fundamentaba en la calidad de su caballería, unos diez mil frente a los cuatro mil caballeros romanos, todo ello aglomerado por la preclara inteligencia superior del generalísimo cartaginés. En vanguardia, los africanos enviaron a los exploradores baleáricos y a la infantería ligera con picas, unos ocho mil soldados; a continuación, el mismo Aníbal se encargaría de comandar a toda la milicia púnica. A 1,5 km de su campamento desplegó a su infantería pesada en línea: veinte mil guerreros entre íberos, galos, celtíberos y africanos; los diez mil caballeros, en dos cuerpos, estaban situados en los flancos, así como los elefantes, que se encontraban en avanzadilla. Esos paquidermos, hoy extinguidos, procedentes del Norte de África, más pequeños que los actuales, pero manejables y fácilmente adiestrables, eran el denominado *Loxonta Africana Cyclotis* o “de los bosques”. Eran capturados en los bosques de la cordillera del Atlas, y estaban montados por un guía y un jinete, ambos armados con jabalinas o con un arco.

La caballería romana se replegó y dejó los flancos de su infantería al descubierto, lo que fue aprovechado, para ser atacada, por los piqueros ligeros y los baleares con sus lanzas. Sempronio Longo había retirado a su agotada caballería, con su infantería pesada luchando en el centro cuerpo a cuerpo con la homónima cartaginesa, pero los flancos romanos cedieron ante la numerosa caballería africana y los embates violentos de los elefantes. En este punto álgido del com-

---

<sup>2</sup> S. Lancel, op. cit.

bate, Magón Barca salió de su escondrijo y se lanzó sobre la retaguardia de la infantería romana aún centrada y a la que causó un gran desconcierto. La huida romana hacia atrás era imposible, con el helado río a sus espaldas, por lo que unos diez mil infantes rompieron las líneas cartaginesas y, causando graves pérdidas a los inestables galos, pudiéndose refugiar en Piacenza. Los infantes de los flancos, sin embargo, fueron masacrados por los nómadas y por los elefantes, salvo un pequeño grupo que se unió al grueso de la caballería y que se pudieron refugiar, también, en Piacenza.

El desastre fue enorme y el segundo cónsul T. Sempronio Longo, no fue capaz de justificar su fracaso ante el Senado, por la existencia de mal tiempo, cuando tuvo que presidir los nuevos comicios consulares a finales del mes de diciembre. Ese hecho climático perjudicó más, si cabe, al gran Aníbal Barca, que no pudo acabar con el enemigo romano que huía en desbandada, además de perder un buen número de sus animales, caballos y elefantes, sobre todo.

### **Aníbal Barca el Grande va a invernar en la Galia Cisalpina, de enero a abril del año 217 a. C.**

Los nuevos cónsules iban a entrar en funciones en el mes de marzo del 217 a. C. El candidato de los patricios sería Gneo Servilio Gémino, procedente de Alba Longa, y el plebeyo lo sería Gayo Flaminio Nepote, quien como brillante tribuno de la plebe (año 232 a. C.), había sido el *factotum* del reparto agrario entre la plebe romana del *ager Picenus et Gallicus*, que era el territorio de los galosenones a orillas del mar Adriático; por todo ello era la “bestia negra” de la oligarquía senatorial. En el año 227 a. C., fue pretor en Sicilia, sería primer cónsul en el año 223 a. C. y, al ser elegido como compañero de P. Furio Filo, los oligarcas senatoriales quisieron invalidar aquellos comicios que iban en contra de todos los auspicios; luego se les negó el triunfo por

su victoria contra los galos-insubres en Adda, a causa de que no habían respetado los auspicios desfavorables, y la carta de comunicación senatorial para evitar el combate había sido leída después de la batalla. Era un *homo nouus*, u hombre-nuevo, por ser un dirigente sin linaje, pero sería el constructor de la vía Flaminia, que iba a través de los montes Apenninos, desde Roma hasta Rímmini, y de un “circo” para que la plebe romana celebrase allí sus asambleas, en el Sur del Campo de Marte.

En la Antigüedad, salvo en circunstancias excepcionales, los ejércitos no pasaban el invierno en campaña, salvo que la necesidad bélica fuese imperiosa. Pero Aníbal es siempre una excepción genial y va a ser herido luchando en el asedio de Piacenza. *«Pero ni siquiera el campamento de invierno de los romanos estaba tranquilo, al andar merodeando por todas partes los jinetes nómadas, y también los celtíberos y lusitanos cuando aquéllos encontraban alguna especial dificultad. Todos los convoyes de víveres, a no ser los que transportaban las naves por el Po, eran interceptados en todas direcciones. Cerca de Placencia había un emporio protegido por grandes obras de fortificación y defendido por una fuerte guarnición. Partió Aníbal con la caballería y la infantería ligera con la esperanza de asaltar dicho fortín, y a pesar de que había puesto el mayor empeño en ocultar su propósito para lograr lo que esperaba, su ataque nocturno no pasó inadvertido a los centinelas. Se elevó de pronto un griterío tan intenso que se oyó incluso en Placencia, y así, poco antes del amanecer se presentaba el cónsul con la caballería, después de dar orden a la infantería de que le siguiera en formación cuadrangular. Se entabló, entretanto, un combate ecuestre; en éste, como Aníbal se retiró herido del combate, les entró pánico a los enemigos y se defendió brillantemente la guarnición. Después de tomarse unos cuantos días de descanso a continuación, y apenas suficientemente recuperado de su herida, se puso en camino para atacar Victúmulas. Había sido ésta un depósito de abastecimiento de los romanos durante la guerra con los*

galos; después habían acudido a vivir en el lugar fortificado un buen número de habitantes de todos los pueblos limítrofes, entremezclados, y en esta ocasión el miedo al pillaje había hecho que muchos se trasladaran allí desde los campos. Este tipo de multitud, enardecida por las noticias de la valiente defensa de la guarnición de cerca de Placencia, empuñó las armas y salió al encuentro de Aníbal. Chocaron en el camino más bien columnas en marcha que formaciones de combate, y como en uno de los bandos no había más que una masa desorganizada y en otro un general que tenía confianza en sus hombres y unos soldados que confiaban en su general, cerca de treinta y cinco mil hombres fueron desbaratados por unos pocos.



Moneda de los Barchidas. Los míticos elefantes de los que se valió el General Aníbal en sus batallas. (Siglo III A. C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Al día siguiente, una vez efectuada la rendición, admitieron una guarnición dentro de sus murallas; cuando se les indicó que entregaran las armas y obedecieron la orden, de pronto se les dio a los vencedores la señal para que entrasen a saco en la ciudad como si hubiese sido tomada por la fuerza; y no se omitió ninguno de los horrores que en un caso así suelen considerar dignos de mención los historiadores; hasta ese extremo se puso en práctica contra aquellos desdichados todo el muestrario de desenfrenos, crueldad e inhumana arrogancia. Ésta fue la campaña de Aníbal durante el invierno»<sup>3</sup>.

Tras gozar de un breve y merecido descanso, Aníbal llevó a su ejército hasta la Etruria, pero al cruzar los Apeninos va a padecer una tempestad atmosférica apocalíptica. «A partir de ese momento se le concedió a la tropa un descanso de no muy larga duración mientras el frío era insoportable; a los primeros y vacilantes síntomas de la primavera, saliendo de los cuarteles de invierno se dirige a Etruria, con el propósito de poner de su parte también a esta nación, al igual que a los galos y ligures, de grado o por la fuerza. Cuando cruzaba el Apenino estalló una tempestad tan violenta que casi superó las inclemencias de los Alpes. Como les azotaba de frente el rostro la lluvia unida a la ventisca, al principio se detuvieron, porque se veían obligados a prescindir de las armas o bien, si se empeñaban en hacerle frente, eran derribados arrollados por los remolinos; luego, cuando ya el viento les cortaba la respiración y no les dejaba recobrar el aliento, se volvieron de espaldas y se sentaron un poco. Pero entonces el cielo retumbó con gran estruendo y brillaban los relámpagos en medio de un fragor horrísono; incapaces de oír y de ver, estaban todos paralizados de miedo; finalmente se desató el aguacero, y como arreció con ello la violencia del viento, se estimó necesario acampar en el mismo sitio donde se habían visto atrapados. Pero esto supuso el comienzo de los trabajos como si hubiera vuelto al principio, pues no podían desplegar ni poner en pie cosa alguna, y lo que habían fijado no se sostenía, porque el viento lo rasgaba y se lo llevaba todo. Al poco tiempo el agua, arrastrada por el viento, como se había solidificado sobre las montañas, cayó en tal cantidad en forma de granizo que los hombres se desentendieron de todo y se tumbaron boca abajo, más que protegidos, aplastados bajo lo que tenían para cubrirse. Sobrevino a continuación un frío tan intenso que cuando alguien de aquel lastimoso conglomerado de hombres y animales quería incorporarse y levantarse, durante largo rato no era capaz, porque, al entumecerse por el frío los músculos, apenas si podían doblar las articulaciones. Después, cuando a fuerza de agitarse comenzaron a entrar en movimiento y recobrar ánimos y se comenzó a encender fuego aquí y allá, cada uno en su propio desvali-

<sup>3</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 57, 5 al final.

miento buscaba la ayuda de los otros. Dos días permanecieron en aquel lugar como si estuvieran sitiados, perecieron muchos hombres, muchas acémilas e incluso siete elefantes de los que habían sobrevivido a la batalla habida en el Trebia»<sup>4</sup>.

Por ello se va a ver obligado a regresar hasta Piacenza y allí provocar a Sempronio Longo, que acaba de regresar de Roma, para que se decida a atacarle. Era necesaria, por lo tanto, una continua movilidad de centenares de kilómetros en el espacio de tiempo de unos tres meses. «Tiberio Sempronio, aunque sabía lo ocurrido, quería ocultarlo lo más posible a los ojos de Roma, y envió unos mensajeros que explicaron que se había librado una batalla, pero que el tiempo invernal les había frustrado la victoria. Los romanos, primero, dieron fe a tales anuncios, pero poco después se enteraron de que los cartagineses les habían llegado a acechar el campamento, de que todos los galos se habían decidido por su amistad, de que los suyos habían abandonado el campamento, que después de la batalla se habían retirado y se habían concentrado todos en las ciudades, y de que eran aprovisionados desde el mar remontando el curso del Po. Supieron, en suma, con demasiada claridad lo ocurrido en la batalla. A pesar de que les parecía un hecho paradójico, se dedicaron con gran intensidad a custodiar los puntos peligrosos y a efectuar otros preparativos. Enviaron legiones a Cerdeña y a Sicilia, y, además, guarniciones a Tarento y a otros lugares estratégicos; equiparon, también, sesenta naves quinqueremes.

Gneo Emilio y Gayo Flaminio, que acababan de ser nombrados cónsules, concentraron a los aliados, y reclutaron legiones nuevas para ellos. Establecieron además depósitos de víveres, unos en Rímimi y otros en Etruria, porque pensaban hacer la marcha por estos lugares. Enviaron legados a Hierón en demanda de ayuda, y éste les mandó quinientos cretenses y mil peltastas; los romanos lo iban disponiendo activamente todo, porque siempre que les rodea un peligro real son muy temibles, tanto particular como colectivamente»<sup>5</sup>.

te»<sup>5</sup>.

Por todo lo que antecede, tras la victoria en el Trebia, Aníbal había cruzado con su ejército para ir a residir en el confortable y bien protegido campamento de Escipión, que se encontraba en las laderas de dicho río Trebia. Más tarde se iría a residir en la capital de sus aliados, los galos-boios, que era la actual Bolonia, encontrándose aquí a cubierto de cualquier tipo de problemas que le pudiesen crear los romanos. Será en este momento cuando Polibio va a citar una anécdota, *phoinikikon stratagema*, que resulta incomprendible para la extraordinaria categoría ética y rigurosa de un genio militar y político como era Aníbal Barca el Grande, pero detrás de todo se va a encontrar el deseo ineluctable y esencial, para el buen final de la guerra, de evitar posibles atentados (pagados por los romanos) contra su persona. «Además, durante el período invernal usó de esta estrategia, ciertamente fenicia. Temía la inconstancia de los galos, e incluso algún atentado contra su persona, porque sus relaciones con ellos eran muy recientes, de modo que se preparó unas pelucas, adaptadas a las diversas edades de la vida y a sus distintos aspectos, y las utilizó cambiándolas constantemente; también se mudaba los vestidos, adecuándolos a aquellas. Todo esto le hizo difícil de reconocer, no solo a los que le habían visto alguna vez de pasada, sino incluso a los que le trataban habitualmente. Veía también que los galos estaban molestos porque la guerra se desarrollaba en su propio territorio, y que estaban impacientes y deseosos de llevarla a tierras enemigas, así que tomó la decisión de levantar el campo lo más pronto posible y satisfacer los deseos de sus tropas»<sup>6</sup>.

Es en este momento cuando los galos van a reprochar al caudillo cartaginés de que se servía de ellos para que fuesen los más fácilmente sacrificados en el esfuerzo bélico realizado, y en las sangrientas victorias y que, a pesar de todo, las

<sup>4</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 58.

<sup>5</sup> Polibio, op. cit., III, 75.

<sup>6</sup> Polibio, op. cit., III, 78.

operaciones bélicas se seguían produciendo en sus territorios de la Galia Cisalpina, lo que no les beneficiaba en absoluto; por ello, estaban impacientes por llevar la guerra a los territorios de la Etruria y de la Umbría y, luego, poder arrasarse al mismísimo *ager Romanus* y, finalmente, poder conquistar la propia urbe capitolina. Pero lo prioritario ahora era llevar su mensaje (de Aníbal), hasta los aliados de Roma y que supiesen a lo que se enfrentaban, si resistían y no se cambiaban de bando.

Las raciones alimenticias de los prisioneros romanos se tasaban al gramo, mientras que los aliados de Roma eran mejor tratados. Entonces el propio Aníbal los terminó arengando, manifestándoles que sólo venía a hacer la guerra contra Roma y, de esta forma, poder devolver la libertad a los pueblos sometidos a los romanos y reintegrarles las tierras que les habían robado; a continuación les envió a sus respectivas casas.

### La primavera del año 217 a. C.

En Roma el pánico hacia las victorias y la personalidad del púnico iba *in crescendo*. «En Roma o sus alrededores ocurrieron aquel invierno muchos prodigios, o bien, como suele ocurrir cuando se apodera de los ánimos el temor religioso, se habló de muchos y se les dio crédito de forma irreflexiva; entre ellos, que un niño de seis meses nacido libre había gritado ¡Victoria! en el mercado de verduras, y que en el mercado de ganado vacuno un buey había subido por sí solo a una tercera planta y, espantado por el alboroto de los vecinos, se había arrojado al vacío desde allí, y que en el cielo habían brillado unas imágenes de navíos, y que el templo de la Esperanza que está en el mercado de las verduras había sido alcanzado por un rayo, y que en Lanuvio se había estremecido la víctima de un sacrificio y un cuervo había bajado volando hasta el templo de Juno y se había posado sobre el cojín sagrado, y que en territorio de Amiterno se habían visto de lejos en muchos sitios lo que parecían ser hombres con vestimenta blanca y que no se habían

*dirigido a nadie, y que en el Piceno habían llovido piedras, y en Cere las tablillas de la suerte se habían roto, y en la Galia un lobo había sacado de la vaina la espada de un centinela y se la había llevado. Para los otros prodigios se ordenó a los decenviros consultar los libros sibilinos, pero con respecto a la lluvia de piedras en el Piceno se decretó un novenario de sacrificios.*

*Inmediatamente casi toda la población se ocupó en conjurar los demás prodigios. En primer lugar, fue purificada la ciudad y se sacrificaron víctimas mayores a los dioses que fueron designados, y se le llevó a Juno a Lanuvio una ofrenda de cuarenta libras de oro, y se le dedicó a Juno en el Aventino una estatua de bronce por parte de las matronas, y se ordenó hacer un lectisternio en Cere, donde se habían roto las tablillas, así como una acción de gracias a la Fortuna en el Álgido; también se decretó un lectisternio a la Juventud en Roma y una acción de gracias en el templo de Hércules, en particular, y después por parte de toda la población ante todos los cojines sagrados que se especificaron, y se le sacrificaron al Genio cinco mil víctimas mayores, y el pretor Gayo Atilio Serrano recibió orden de hacer votos por si durante diez años la república continuaba en la misma situación.*



Relieve en mármol que recoge una escena de la vida cotidiana en el mercado romano

Estas expiaciones y votos, conformes con los libros sibilinos, aliviaron en gran medida los espíritus de escrúpulos religiosos»<sup>7</sup>. Se reclutaron y armaron ocho le-

<sup>7</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 62.

giones, más de cien mil soldados, dos de ellas fueron enviadas para su protección a Sicilia, una a Cerdeña y dos propiamente "urbanas" para la necesidad imperiosa de defensa de la propia Roma. Además, todo este esfuerzo legionario iba a conllevar, obviamente, devaluaciones de la moneda; por ejemplo tras el año 217 a. C., el "as", que pesaba media libra en el año 225 a. C., no pesaría más de un tercio, por ello al reducir la moneda de bronce, que era como se calculaba el salario de las tropas, el Estado del SPQR (*Senatus Populusque Romanus*) reducía gastos. De esta forma, los pequeños propietarios agricultores lo agradecían, ya que al encontrarse muy endeudados, la devaluación reducía de forma drástica el montante de sus deudas. Además, estos pequeños campesinos soportaban, siempre, el peso del reclutamiento.

Las cuatro legiones preparadas para ir contra Aníbal (finales del año 218 a. C.), iban a invernar en el valle del Po: dos en Piacenza bajo el mando de T. Sempronio Longo y las otras dos en Cremona bajo el imperio del pretor C. Atilio Serrano, cuando P. Cornelio Escipión el Viejo fue enviado, como procónsul, a Hispania para unirse a su hermano Gneo. Las dos ubicaciones legionarias eran seguras, ya las cercanías de la actual Brescia, todo estaba pacificado, y los vénetos del valle meridional del río Po garantizaban, por medio de su fidelidad al SPQR y, a través de dicho río, el abastecimiento, *sine die*, de ambas ciudades. Aníbal no podía perder el tiempo en asedios prolongados o en salvas de ordenanza. En el final del invierno, C. Atilio Serrano, recibió la orden senatorial de que se dirigiera hasta Rímini, donde el primer cónsul, Cn. Servilio Gémino se hizo cargo del imperio o mando, las legiones de Sempronio Longo fueron entregadas al segundo cónsul, ya citado, el conspicuo Flaminio Nepote en la urbe etrusca de Arezzo; desde Rímini se bloqueaba el paso hacia el Norte de los Apeninos, y la ciudad etrusca cerraba la

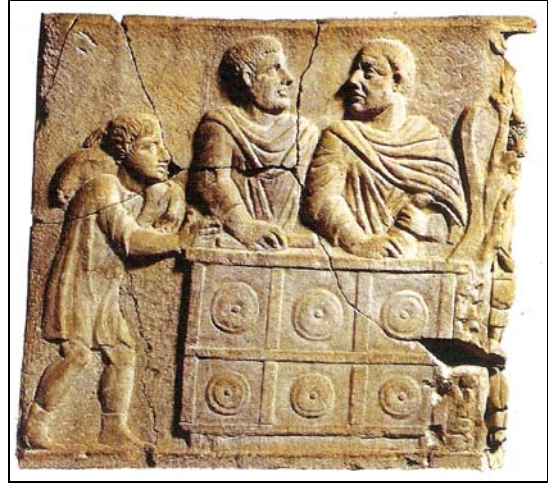
llegada de los cartagineses hasta la Etruria.

El camino escogido por el Bárcida es una pura conjetura, pero Polibio indica: «Cuando se hubo asegurado cuidadosamente de que los lugares de la ruta eran cenagosos, pero firmes, Aníbal levantó el campo. Situó en vanguardia a los africanos y a los íberos, y, además, al contingente más útil de todo su ejército. Y entre éstos colocó el bagaje para que, de momento, disfrutaran de provisiones; para el futuro ya no le importaba en absoluto el aprovisionamiento, pues pensaba que, al llegar a territorio enemigo, si era vencido ya no precisaría de nada indispensable, y si triunfaba en una batalla campal, no carecería de provisiones. Detrás de los hombres citados colocó a los galos, y, cerrando la formación, a la caballería. Puso a su hermano Magón como jefe de la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedirselo con la caballería, que se les echaría encima. Los íberos y los africanos hicieron la marcha por las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades, pero los galos avanzaban difícilmente, ya que el fondo de las marismas había sido revuelto y hollado. Soportaron aquella dificultad penosa y difícilmente, como hombres que no estaban acostumbrados a aquellas molestias. No lograron retroceder por los jinetes que tenían detrás. Todos lo pasaron muy mal, principalmente porque no podían dormir, ya que marcharon continuamente cuatro días y tres noches a través del agua; los que lo sufrieron más, y perecieron en mayor número que los restantes, fueron precisamente los galos. La mayoría de las acémilas cayó en los lodazales y murió; su caída, con todo, prestaba una utilidad a los hombres, porque si se sentaban encima de ellas y de los bagajes lograban emerger del agua y descabezar un breve sueño durante la noche. No pocos caballos perdieron las pezuñas debido a la marcha continua encima del lodo. Y el mismo Aníbal se salvó con dificultad a lomos del único elefante superviviente, pasando muchas penalidades. Sufría, además, dolores terribles por una fuerte inflamación ocular que padecía y que acabó



*privándole de la visión de un ojo, ya que en aquella situación no se podía detener ni cuidar»<sup>8</sup>.*

Tras una exhaustiva investigación, el caudillo africano decidió evitar las “grandes rutas”, muy largas y fáciles de vigilar por parte de los romanos, por lo que tomó el camino más corto, atravesando las marismas inundadas, aquel año, por una importante crecida del río Arno. «Se acercaba ya la primavera cuando Aníbal, después de un intento de pasar el Apenino, fallido debido al frío insoportable, y de una demora que implicaba miedo y grave peligro, dejó el campamento de invierno. Los galos, movilizados por las expectativas de botín y pillaje, al ver que, en vez de ser ellos quienes saqueaban y se llevaban presas del territorio de otros, eran sus tierras escenario de la guerra y sobre ellas recaía el peso de los cuarteles de invierno de los ejércitos de uno y otro bando, volvieron contra Aníbal el odio que sentían hacia los romanos. Convertido en repetidas ocasiones en blanco de las asechanzas de sus jefes, se había salvado al traicionarse unos a otros, delatando el complot con la misma irresponsabilidad con que se habían conjurado. También se había protegido de los atentados engañándolos a base de cambiar unas veces de ropa y otras de gorros. Pero el miedo a una eventualidad de este tipo fue también motivo de que apresurara el abandono de los cuarteles de invierno. Por aquellas mismas fechas el cónsul Gneo Servilio en Roma tomó posesión de su cargo el día quince de marzo. Al presentar allí su informe sobre la situación del Estado se reprodujo la aversión contra Gayo Flamínio: habían elegido dos cónsules, tenían uno solo, pues ¿qué mando legítimo, qué auspicio tenía Flamínio? Los magistrados lo tomaban en Roma, ante los penates de la patria y de la familia, después de celebrar las Ferias Latinas, de ofrecer un sacrificio en el monte y de formular solemnemente los votos en el Capitolio; un particular no llevaba consigo los auspicios y tampoco podía tomarlos válidos del todo en suelo extranjero en caso de haber partido sin ellos.



*Relieve en mármol en el que se representa un banquero romano en su tienda.*

Las noticias de prodigios, llegadas de muchos sitios al mismo tiempo, incrementaban los temores: en Sicilia habían ardidido los dardos de algunos soldados, al igual que el bastón que tenía en la mano un jinete que hacía la ronda de la vigilancia en la muralla de Cerdeña; en la costa habían brillado resplandores repetidas veces, y dos escudos habían sudado sangre; algunos soldados habían sido alcanzados por rayos, y el disco solar había dado la impresión de disminuir de tamaño; en Preneste habían caído del cielo piedras ardiendo, en Arpos se habían visto escudos en el cielo y la luna en pugna con el sol; en Capena habían salido dos lunas durante el día, y las aguas de Cere habían manado mezcladas con sangre, y la propia fuente de Hércules había manado salpicada de manchas de sangre; en Ancio a unos segadores les habían caído en la banasta las espigas teñidas en sangre, y en Falerios se había visto que el cielo se abría como una enorme grieta, y a través de dicha abertura había brillado una luz muy intensa; unas tablillas se habían roto y una había caído con esta inscripción: “Marte blande su lanza”; por aquellas mismas fechas, en Roma habían sudado la estatua de Marte de la Vía Apia y las de los lobos, y en Capua había parecido que ardía el cielo y que la luna caía en medio de la lluvia. Igualmente se dio también crédito a prodigios de menor importancia: unas cabras se habían cubierto de lana, una gallina se había convertido en gallo y un gallo en gallina.

<sup>8</sup> Polibio, op. cit., III, 79.

Una vez expuestas estas incidencias de acuerdo con las noticias recibidas, y presentados ante la curia los testigos, el cónsul sometió a la consideración del senado el aspecto religioso. Se acordó expiar dichos prodigios, con víctimas mayores en parte y, en parte, menores y celebrar durante tres días rogativas ante todos los altares; los demás actos se celebrarían, después de consultar los decéviros los libros sibilinos, en la forma que a través de los oráculos manifestasen los dioses que era de su agrado. Por consejo de los decéviros se acordó que como primera ofrenda se hiciera un rayo de oro de cincuenta libras para Júpiter, que a Juno y Minerva se les hicieran ofrendas de plata, que a Juno Reina en el Aventino y a Juno Salvadora en Lanuvio se les sacrificasen víctimas mayores, que las matronas reuniesen dinero según las posibilidades de cada una y llevasen un presente a Juno Reina en el Aventino; que se celebrase un lectisternio [banquete que en alguna solemnidad se ofrecía a los dioses, cuyas estatuas se colocaban alrededor de la mesa en literas], y que incluso las libertas, según sus posibles, reuniesen dinero para hacer una ofrenda a Feronia. Cuando se hizo todo esto, los decéviros ofrecieron en el foro de Árdea un sacrificio de víctimas mayores. Por último, y ya en el mes de diciembre, se ofreció en Roma un sacrificio en el templo de Saturno y se celebró un lectisternio -cuyos lechos además habilitaron los senadores- y un banquete público, y a través de la ciudad se dieron día y noche los gritos saturnales, y se invitó al pueblo a tener y mantener como festivo para siempre aquel día.

Mientras el cónsul se ocupa en Roma de aplacar a los dioses y efectuar el reclutamiento, Aníbal, que había salido de los cuarteles de invierno, como corría la voz de que el cónsul Flaminio había llegado ya a Arrecio, aunque le indicaban una ruta más larga pero más descansada, tomó un camino más corto a través de unas marismas, por donde el río Arno se había desbordado aquellos días. A los hispanos y africanos, que constituían el grueso de su ejército de veteranos, les mandó ir delante llevándose su propia impedimenta, con el fin de que, si se veían forzados a detenerse, no les faltase lo imprescindible dondequiera que fuese; que detrás fuesen los galos,

formando el centro de la columna; en última posición, que fuese la caballería; que Magón, detrás, con los númidas ligeros, cerrase la marcha, conteniendo de modo especial a los galos en caso de que, por cansancio debido al esfuerzo o la duración de la marcha, cosa para la que es blanda esta gente, se dispersaran o detuvieran. Los que iban delante, con tal que por allí les precedieran los guías, atravesando las simas profundas y en vertical del río casi tragados por el fango, enterrándose, seguían a pesar de todo a las enseñas. Los galos no eran capaces de mantener el equilibrio al resbalar ni de incorporarse en los remolinos; no tenían moral para sostenerse físicamente ni estímulo para mantener la moral; unos arrastraban con dificultad sus miembros agotados; otros, después de echarse, rendida por el cansancio su voluntad, morían por doquier entre las acémilas, caídas a su vez; lo que más acababa con ellos era el tiempo que llevaban sin dormir, cuatro días y tres noches ya. Como las aguas lo cubrían todo y no se podía encontrar ni un sitio seco donde tender sus agotados cuerpos, amontonaban los bagajes en el agua y se acostaban encima, o bien los bultos de las acémilas caídas a lo largo de todo el camino les proporcionaban, en su búsqueda de cualquier cosa que sobresaliese del agua, el lecho imprescindible para unos momentos de reposo. El propio Aníbal, que ya antes andaba mal de los ojos debido a los cambios de una primavera que pasaba bruscamente del frío al calor, iba montado en un elefante, el único que quedaba, para mantenerse a mayor altura sobre el agua; sin embargo, la falta de sueño, el relente nocturno y el aire del pantano le cargaron la cabeza, y como no había ni dónde ni cuándo curarse, perdió un ojo»<sup>9</sup>.

Aníbal decidió ir desde Bolonia, cruzando los Apeninos, por el puerto de Colina hasta Pistoia, todo ello recorrido durante cuatro días y tres noches. Magón Barca (243-203 a. C.) cerraba la formación con la caballería númida, detrás de los galos, para de esta forma poder evitar sus paradas o sus deserciones. Los soldados púnicos descansaban sobre los

<sup>9</sup> Tito Livio, op. cit., XXII, 1, 2.

cadáveres de las mulas de carga y así se mantenían fuera de las aguas. Aníbal montaba, con grandes quebrantos de salud, al único elefante superviviente, que era getulo o de color blanco. «Las brutales variaciones de temperatura de aquella primavera lluviosa, la humedad de los pantanos, las vigilias prolongadas, hicieron mella en la resistencia de aquel de quien Tito Livio escribiera que “ninguna fatiga podía agotar su cuerpo ni vencer su alma”. Sin medios para cuidar su oftalmía (un tracoma producido por una bacteria del tipo *Clamidia Trachomatis*),

Aníbal se dejó un ojo en los pantanos del río Arno (el alma mater de la Etruria de la Antigüedad y de la Toscana actual). La imagen del hermoso joven serio y voluntarioso que los veteranos de Amílcar Barca habían visto con ternura suceder a su cuñado, Asdrúbal Janto o el Bello, cuatro años antes, quedaba ahora recubierta por otra, que perduraría a través de los siglos: la del “jefe cartaginés tuerto montado sobre el elefante getulo”. Aníbal Barca el Grande acababa de cumplir treinta años»<sup>10</sup>■



<sup>10</sup> S. Lancel, op. cit., completado por J. M<sup>a</sup> García-Osuna, 2011.

## Bibliografía

- AGUILERA, C. (coordinadora) (1988): *El poder de Roma*. Sarpe.
- AGUILERA, C. (coordinadora) (1988): *Historia Universal*. Roma. La Edad Media. Sarpe.
- ALBORG, J. L. y BALLESTEROS, M. (1973): *Historia Universal hasta el siglo XIII*. Gredos.
- ALLEN, S. (2007): *Lords of Battle*. Osprey.
- ALMAGRO, M. y GARCÍA Y BELLIDO, A. (1982): *Historia de España. España Primitiva. La Protohistoria*. Espasa Calpe.
- ALVAR, J.; BAJO, F.; MANGAS, J. y PLÁCIDO, D. (1994): *Historia Universal. Historia Antigua*. Historia 16.
- ASIMOV, I. (1982): *La República Romana*. Alianza.
- BALLESTER, R. (1989): *Historia de Roma y de la España romana*. Hora.
- BARCELÓ, P. (2000): *Aníbal de Cartago*. Alianza.
- BARCELÓ, P. (2001): *Aníbal*. Acento.
- BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma*. Edimat.
- BOARDMAN, J.; GRIFFIN, J. Y MURRAY, O. (1998): *Historia Oxford del Mundo Clásico. Roma*. Alianza.
- CASIO, D. (2004): *Historia Romana*. Gredos.
- CHARLES-PICARD, C. et C. (1958): *La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal*. Hachette.
- CHARLES-PICARD, G. (1967): *Hannibal*. Hachette.
- CORNELL, T. y MATTHEWS, J. (1989): *Roma, legado de un Imperio*. Folio/Círculo de Lectores.
- DEVISMES, F. (1989): *Historia de las Grandes Civilizaciones*. Espasa Calpe.
- DURHAM, D. A. (2005): *Aníbal, el orgullo de Cartago*. Ediciones-B.
- ESLAVA GALÁN, J. (1988): *Yo, Aníbal*. Planeta.
- FATAS, G. (1990): *Historias del Mundo Antiguo. El periodo de las primeras guerras púnicas*. Akal.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. (coordinador) (2005): *Historia Antigua de Grecia y Roma*. Tirant lo Blanch.
- GLASMAN, G. (2007): *Aníbal, enemigo de Roma*. Nowtilus.
- GOLDSWORTHY, A. (2002): *Las Guerras Púnicas*. Ariel.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *El ejército romano*. Akal.
- GÓMEZ PANTOJA, J. (coordinador) (2003): *Historia Antigua. Grecia y Roma*. Ariel.
- GONZÁLEZ-WAGNER, C. (2000): *Cartago*. Alderabán.
- GRANZOTTO, G. (1995): *Annibale*. Mondadori.
- GUILLÉN, J. (1994): *Urbs Roma, religión y ejército*. Sígueme.
- HAEFS, G. (2000): *Aníbal, la novela de Cartago*. Planeta/De Agostini/Edhasa.
- HARRIS, W. V. (1989): *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana, 327-70 a. C.* Siglo-XXI.
- HERM, G. (1976): *Los Fenicios*. Destino.
- HUSS, W. (1993): *Los Cartagineses*. Gredos.
- HUSS, W. (2001): *Cartago*. Acento.

- KOVALIOV, S. I.** (1985): *Historia de Roma*. Sarpe/Akal.
- LAGO, J. I.** (2003): *César, Alejandro, Aníbal*. Almena.
- LANCEL, S.** (1994): *Cartago*. Crítica.
- LANCEL, S.** (1997): *Aníbal*. Crítica.
- LANE FOX, R.** (2007): *El Mundo Clásico*. Crítica.
- LARA, F.; FATAS, G.; MARCO, F. Y PASTOR, M.** (1986): *Gran Historia Universal. Roma hasta Augusto*. Club Internacional del Libro/Nájera.
- LECKIE, R.** (2000): *Yo, Aníbal, general de Cartago*. RBA/Emecé.
- LEGLAY, M.** (2001): *Grandeza y decadencia de la República romana*. Cátedra.
- LENDON, J. E.** (2006): *Soldados y fantasmas*. Ariel.
- LIVIO, T.** (2001): *Historia de Roma desde su fundación, Libros XXI-XXV*. Gredos.
- LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. y LOMAS, F. J.** (2004): *Historia de Roma*. Akal.
- MANGAS MANJARRÉS, J.** (2003): *Historia Universal. Edad Antigua. Roma*. Vicens Vives.
- MIRA GUARDIOLA, M. A.** (2000): *Cartago contra Roma*. Alderabán.
- MONTANELLI, I.** (1969/1994): *Historia de Roma*. Plaza y Janés/Globus.
- NEPOTE, C.** (2002): *Vidas. Aníbal*. Gredos.
- NICOLET, C.** (1984): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 267-27 a. de J. C. La génesis de un Imperio*. Labor.
- PETIT, P.** (1986): *Historia de la Antigüedad*. Labor.
- POLIBIO** (2000): *Historias*. Gredos.
- PRÉAUX, C.** (1984): *El mundo helenístico. Grecia y Oriente, 323-146 a. de J. C.* Labor.
- PREVAS, J.** (2001): *Hannibal crosses the Alps*. Da Capo Press.
- ROLDÁN, J. M.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MUÑOZ, F. A. y SANTOS YANGUAS, N.** (1985): *Roma contra Cartago*. Historia-16.
- ROLDÁN, J. M.** (1994): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133, A. C.)*. Síntesis.
- ROLDÁN, J. M.** (1995): *Historia de Roma. La República Romana*. Cátedra.
- ROLDÁN, J. M.; GONZÁLEZ ROMÁN, C. Y BENDALA, M.** (2000): *Historia de la Humanidad. Roma Republicana*. Arlanza.
- SAEZ, R.** (2006): *Cartago contra Roma*. Almena.
- SALVADÓ, A.** (2003): *Los ojos de Aníbal*. Martínez Roca.
- SANTOS YANGUAS, N.** (2004): *El Imperio romano y el oro de los ástures*. Eureka.
- VACA DE OSMÁ, J. A.** (2005): *Grandes generales de la historia*. Espasa Calpe.
- VIDAL, G.** (2007): *Retratos de la Antigüedad Romana*. Rialp.
- VV. AA.** (2002): *Historia Universal, Larousse. La expansión de Roma*. RBA/Spes.
- VV. AA.** (2004): *Historia Universal. Roma*. Salvat/El País.
- WARMINGTON, B. H.** (1968): *Storia di Cartagine*. Giulio Einaudi.